

adquirir algunas noticias por el portero é iba á alejarse, apareció ella en aquella misma ventana. Así que la reconoció, se retiró precipitadamente.

¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquel cuarto piso era objeto de tal atención? Se informó aún, penetró más entre la multitud, y supo al fin que un cobrador, en el momento en que se dirigía á arrestarle el comisario de policía del barrio, se había arrojado por una ventana, quedando cadáver en el acto.

XXV

Mr. de Céry, permaneció aterrado; este cobrador no podía ser sino el marido de la jóven que le había visitado por la mañana. Pero no se atrevió á preguntar á los que le rodeaban: hacía un momento se consideraba partícipe en el drama que acababa de suceder; pensaba que había desempeñado en él su papel oculto a la vista de los espectadores, pero importante bajo el punto de vista de la acción. Y mientras que su boca permanecía muda, su mirada se fijaba obstinadamente con espanto sobre las ventanas del cuarto piso. Se figuraba que iban á abrirse bruscamente dejando ver en ella á la mujer del cobrador. Le reconocería entre la muchedumbre, le maldeciría y lanzándose á su vez en el espacio como su marido, vendría á caer muerta allí delante de él.

Sin embargo, las ventanas continuaban cerradas; no se veía dibujarse ninguna sombra detrás de las cortinas que estaban corridas. El teatro del drama

estaba silencioso, sombrío. Entonces se decidió, tomando algunas precauciones, como si temiera ser comprometido en el asunto, á averiguar alguna otra noticia.

—¿Estaba casado ese desgraciado? preguntó.

—¡Oh! sí señor, le respondió una de las personas á las cuales se dirigía. Estaba casado hace algunos años con una jóven á quien todos conocían en la vecindad, de tal modo era hermosa y buena.

—¿Sabeis, preguntó Mr. de Céry, si ella se hallaba en su casa en el momento de la ocurrencia?

—Iba á entrar sin duda, caballero, yo la he visto atravesar la calle precipitadamente. Desapareció por la puerta cochera... Dos minutos despues, oí un grito terrible, luego un gran ruido... Un hombre acababa de caer en la calle y tenía el cráneo hecho pedazos.

Mr. de Céry no podía hablar. Hubiera querido preguntar aun á aquella mujer, le decía ayer á mi esposo, y nada se me ocurría, la voz me faltaba, conocía que hubiera balbuceado. En fin, al cabo de un instante se repuso y dijo:

—¿Y dónde está esa jóven de que hablais señora? ¿La han arrestado?

—No caballero, no; el comisario continúa aún arriba y toda esta jente espera á que salga.. Por lo demás no es probable que salga con ella, como pretenden todos los que se hallan aquí... No hay razon alguna para arrestar á esa desgraciada y ella querrá quedarse con sus niños.

—¡Sus niños! dijo Mr. de Céry, quién de pálido que estaba se puso lívido.

—Sí, caballero, dos hermosos niños de dos á tres años... ¡Oh! los conozco muy bien, más de una vez han mirado el escaparate de mi almacén... ¡Pobres criaturas!

Un gran movimiento se operó de pronto entre la muchedumbre: «Aquí está, aquí está,» gritaron muchas voces. Se empujaban, se apretaban, cada uno se alzaba sobre la punta de los piés.

—Es el comisario de policía, dijo la mujer que habia dado todas estas noticias. Sale solo, bien decía yo.

Mr. de Céry hizo maquinalmente lo que hacían los demás y miró. Era en efecto el comisario de policía, pero no el del barrio. Ausente este en el momento de la ocurrencia, habia sido reemplazado por uno de sus colegas, y Mr. de Céry reconoció á este colega por haberse visto con frecuencia en el teatro de Vaudeville. En efecto, el invierno último, nuestro inflamable amigo, estaba prendado, según parecia, de una de las estrellas de este teatro: Mlle. Pierson, Mlle. Bartet, Mlle. Montalan ó Mlle. Massin, no sé de fijo de cual, acaso de todas cuatro. Para pasar la noche con sus estrellas y contemplarlas á su gusto (sin duda no se permitía más que admirarlas, serían estrellas honradas); digo, que para contemplarlas se habia abonado por un mes á una butaca de proscenio

que se encontraba al lado de la reservada al jefe de policía. Ambos concurrentes acabaron por cambiar algunas palabras; despues, por comunicarse sus impresiones sobre un asunto que le era muy familiar, y en breve entablaron relaciones.

En cuanto reconoció á su vecino de Vaudeville, Mr. de Céry, sin dudar esta vez, sin temor de comprometerse, se dirigió á él. La curiosidad, la emoción, le hacian olvidar toda prudencia.

—¡Vos aquí! ¡en medio de esta gente! le dijo el comisario.

—No deseo más que salir, replicó Mr. de Céry con bastante serenidad, y por esa razon me refugio á vuestro lado.

—Venid, los agentes nos abrirán camino.

Sin grandes esfuerzos, consiguieron franquear todos los grupos y bien pronto se hallaron en la calle de Grammont; atravesaron el boulevard y se dirigieron hácia la Chaussée-d'Antin. A medida que andaban hablaban, y Mr. de Céry supo lo que deseaba saber.

Aquel mismo dia, hácia las diez de la mañana, el jefe de una casa importante de banca, se habia presentado á dar parte de que uno de sus cobradores, encargado el dia anterior de hacer un cobro de cincuenta mil francos, no habia parecido aún. Habia enviado á buscarle á su casa sin poder hallarle, y rogaba á la policía aclarase este misterio.

A las doce, el comisario se dirigió á la calle de Saint-Anne; entró en la casa que le habian designado, y ya habia llegado al segundo piso, cuando fué alcanzado por una jóven que subia precipitadamente detrás de él.

—Caballero, le dijo con una voz que en vano trataba de afirmar; el portero me ha dicho que os dirigis á mi casa. Voy á abriros la puerta... es inútil que llameis... mi marido acaso no abrirá.

—¡Ah! ¿está arriba vuestro marido? ¿Y por qué se habia de negar á abrir?

—Dios mio, caballero, porque... porque...

—Debeis de decirme la verdad señora, yo soy comisario de policía.

—¡Ah! pues bien... mi marido fué encargado ayer para cobrar un crédito de cincuenta mil francos... Como trajo la suma á su casa, notó que le faltaban tres mil francos... ¿Los ha perdido? ¿se los han robado? No puede decirlo... y no se atrevió á presentarse en casa de su jefe... Pero yo me he procurado estos tres mil francos... los traigo aquí, miradlos, caballero, y ahora encontrareis los cuarenta y siete mil restantes arriba, en billetes de banco tambien, tal como se los entregaron... ¡Oh! ¡nosotros somos honrados!... Solamente que nos ha sucedido esta desgracia... pero ya la he reparado.

—Está bien, señora, subamos, dijo el comisario.

Llegaron al cuarto piso; la jóven metió la llave

en la cerradura, pero no pudo abrir: la puerta estaba cerrada interiormente por un cerrojo. Tiró de la campanilla, llamó, se nombró á sí misma; pero su voz no llegó sin duda hasta su marido. Entonces el comisario de policía, impacientado con esperar tanto tiempo, temiendo ser juguete de algun engaño, y haber creído con demasiada facilidad lo que le habia dicho, dió varios golpes en la puerta, trató de forzarla, pronunciando á la vez estas tan conocidas palabras: «En nombre de la ley, abrid.»

Estos golpes y estas palabras produjeron un efecto inmediato: la habitacion, silenciosa hasta entonces, se animó como por encanto; se oían pisadas de hombre, idas y venidas, puertas que se cerraban, luego hubo un momento de silencio, se abrió una ventana bruscamente, gritos de niños resonaban en el interior del cuarto, y al mismo tiempo otros gritos en la calle. Inmediatamente quedó franca la entrada; penetraron en el cuarto piso; pero el que le habitaba no estaba allí... acababa de arrojarle por la ventana.

El comisario de policía, halló sobre la mesa del comedor, bien á la vista, un lio de billetes de banco, y al lado un papel con estas palabras:

«Faltan tres mil francos... desespere de restituirlos... Vienen á arrestarme, me mato.»

Diez minutos más tarde, el desgraciado no hubiera puesto fin á sus dias: su mujer le llevaba los

tres mil francos; hubiera cubierto el déficit, y cuando el comisario se hubiese presentado, le habria hecho entrega de los cincuenta mil francos reclamados, pretestando una enfermedad, cualquier accidente, para disculpar aquella detencion de algunas horas.

El comisario, pues, no tuvo más que hacer constar una muerte: la restitucion estaba hecha, y la queja presentada contra el cobrador no tenia ya razon de ser. Pero las gentes de la policía son analistas; les agrada saberlo todo, penetrar hasta el fondo de las cosas, áun cuando su obligacion no sea esa. De modo que despues de haber informado á Mr. Céry de lo que habia sucedido, trató de explicarse cómo, durante veinticuatro horas, habian podido faltar tres mil francos en los cincuenta mil. Rechazó, sin largo exámen, la idea de que fuera una perdida: cuando sucede un accidente de este género á cualquier empleado de la Banca, entrega primero la suma principal, despues presta su declaracion y se pone en campaña. No se expone á ser acusado de robo por un simple descuido, una falta de precaucion ú otra causa. Si el habitante de la calle de Saint-Anne, se habia abstenido de dar un paso de este género, debia de tener alguna falta que reprocharse; persuadido sin duda de que podria reemplazar al dia siguiente los tres mil francos, se habria servido de ellos para pagar una deuda apremiante, comprometedora... y

el préstamo ó entrada con los cuales contaba, le habrían faltado.

Mr. de Céry no continuó acompañando al comensario; no trató de saber si la suma había sido verdaderamente perdida ó si habían dispuesto de ella, y en este último caso, quien había dispuesto, el marido ó la mujer. Solo pensaba en la visita de por la mañana, que ahora se explicaba de este modo: Tres mil francos faltaban en la cartera del cobrador. ¿Cómo faltan? Esto no importa. Es necesario reponerlos. Un drama terrible había tenido lugar entre marido y mujer, honrados hasta entonces, y cerca de aquellos niños á quienes adoraban. ¿Qué hacer? ¿Dónde hallar esa suma que faltaba? Buscaron largo tiempo, dieron pasos inútiles, intentaron hasta lo imposible. Luego, despues de una noche de insomnio, la mujer, pálida, febril, pero resuelta, dijo: «Voy aún á buscar; me acuerdo de un pariente, de un amigo, el podrá sin duda ayudarnos. Salgo... hasta muy pronto, ten confianza, espérame.» Y se dirigió á casa de Mr. de Céry cuyo nombre y domicilio, olvidados hacia muchos meses, habían aparecido repentinamente en su memoria. ¡Esto era el deshonor, la vergüenza; pero era también la vida, la vida de su marido, la vida de sus hijos.

Y ahora, dijo Mme. X... terminando su largo relato, Mr. de Céry, despues de haber aclarado así los hechos y reconstituido este drama de familia, se ex-

plicaba la actitud de su visitadora, su palidez, su temblor nervioso, su aire resignado. Comprendía también la sonrisa que vagaba por instantes en sus labios, los fulgores que brillaban en su mirada, su aspecto abandonado, casi voluptuoso... La desgraciada temía desagradarle con su tristeza, no parecerle ya adorable, ser rechazada, desdeñada por él... y con la muerte en el corazón, trató de convertirse en cortesana.

—Pues qué, dijo Luisa Leroy, á la cual había acabado por interesar esta historia, y que la escuchaba ávidamente. ¿No había ofrecido Mr. de Céry esos tres mil francos, á título de préstamo, de socorro?

—Sí, pero en cambio pidió una confesion; queria saber que empleo se iba á dar á aquel dinero, y la pobre jóven, cojida de improviso, no sabiendo que decir ó no queriendo mentir (porque hay horas en la vida en las que uno no puede ó no sabe hacerlo), había guardado silencio. No quiso decir que esos tres mil francos estaban destinados á cubrir un déficit, que su marido los había distraido de una suma que no le pertenecía. Antes que hacer tal confesion, prefirió sacrificarse.

—¿La maldecís vos? preguntó con viveza madame Leroy.

—¿Por qué? querida amiga. ¿Por no haberse confiado á Mr. de Céry y decirle la verdad?

—No; no es de eso de lo que os hablo, replicó

Luisa con animacion. Ella iba para sacrificarse, y se sacrificó tal como lo habia resuelto. Hablo de esta resolucion. ¿Debe uno maldecirla por haberla tomado? En fin, vos, señora, que juzgais tan justamente en todo, decid, ¿inspira esta mujer lástima ó desprecio?

—Yo, hija mia, dijo Mme. X..., me he dirijido la misma pregunta, y á pesar de la gravedad que tiene, la he resuelto en pocos instantes.

—¡Ah! veamos, veamos.

—Acaso me acusen y me acuseis vos misma de poseer ideas un tanto libres, de no ser bastante recta en hechos de moral. Pero me preguntais y os respondo francamente. Yo pienso que con nuestras costumbres, el honor de la mujer difiere del honor del hombre, del de el padre de familia. La falta de la mujer puede ocultarse á todos; solo ella la sufre, solo ella muere. La del hombre, al contrario, se difunde por todas partes, y señala la frente de todos los suyos con una mancha imperecedera.

—Bueno, ¿habeis concluido?

—Permitidme que no concluya. Mis palabras son bastante claras para que podais concluir vos en mi lugar. Además, si no os es suficiente, podreis hallar nuevos datos en mis acciones... Mr. de Céry al contar ayer á mi marido los detalles del triste drama sucedido en el dia, tenia un objeto. Esperaba que me fuera fielmente contada esta historia, y que yo

podiera hacerle un servicio. Por un sentimiento de delicadeza, fácil de comprender, nuestro amigo no se atreve á presentarse en casa de la desgraciada viuda, y sin embargo, no puede permanecer indiferente á su dolor, no quiere abandonarla, ha jurado velar por ella y por sus hijos. ¿Si alguien no se apiada de ella, que será de esta mujer falta de recursos? El padre sostenia á toda la familia, ha muerto, lo cual significa la miseria, el hambre... acaso aun la vergüenza. Pues bien; Mr. de Céry me ha rogado indirectamente que vaya á ver á esta viuda y á estos huérfanos. He accedido á su ruego esta misma mañana... ¡Qué tristeza, que dolor, que desesperacion!... y en el fondo de todo esto, ¡qué lástima de sacrificio tan inútil, de deshonra tan estéril!

He hablado con la pobre jóven, es en efecto tan bella como Mr. de Céry la pintaba, y yo la creo honrada... si, honrada. Espero haberla hecho comprender que es preciso vivir, vivir para sus hijos, y sin pronunciar el nombre del que me enviaba, le he afirmado que uno vela por ella, que no la abandonará nunca... Creo que ahora sabreis ya cual es mi opinion. Si yo despreciara á esa jóven de la cual hemos hablado, no hubiera ido á su casa, y sobre todo no le hubiera prometido una nueva visita.

XXVI

Cuando Mme. Leroy se encontró sola con su marido, no creyó debía informarle de todos los detalles de la conversacion que acababa de tener lugar. Se concretó á hablarle de las observaciones hechas á propósito del viaje á Monte-Carlo y guardó silencio sobre la aventura de Mr. de Céry. Por lo demás, la entrevista de Jorge y de su esposa fué de las más cortas. Luisa, muy preocupada, más agitada de lo que hasta entonces se habia hallado, se retiró á su habitacion, y sola, paseándose desde la ventana al lecho, sentándose algunas veces bruscamente, para levantarse más bruscamente un instante despues, pudo entregarse por entero á los pensamientos que la asediaban y dominaban. Segura de no ser escuchada, repetia de tiempo en tiempo, sin cambiar una sola palabra, de tal modo se habian impreso en su mente, muchas de las frases dichas una hora antes por Mme X...

«El honor de la mujer, difiere del honor del hom-

bre; del de el padre de familia; la falta de una puede ocultarse á todos, ella sola sufre, solo ella muere. La falta del hombre, al contrario, se difunde por todas partes y señala en la frente á todos los suyos con una mancha imperecedera.»

Bien pronto se mostró menos agitada, ménos febril; se hubiera dicho que acababa de tomar una resolucion. Al mismo tiempo miró el reloj; eran las cuatro de la tarde.

Mientras ella pensaba así, Jorge permanecia solo reflexionando sobre la visita hecha por Mme. X... y sus observaciones al viaje de Luisa. Participaba en todo de la opinion de su mujer; la alarma estaba dada, y si la casualidad hacia que Markett se encontrase con el agente de cambio é hiciese alusion al depósito de los cien mil francos, las suposiciones más graves nacerian inmediatamente.

¿No era imprudente aguardar hasta el siguiente dia? ¿Por qué causa no hacia Jorge inmediatamente la confesion decidida y á la cual se veia obligado? ¿Esperaba que en la tarde ó en la noche cayesen del cielo los cien mil francos? ¿Por qué no determinar inmediatamente el asunto, y tratar de averiguar en fin, la resolucion de Mr. Markett, y de saber si consentiria en perder cien mil francos, sin quejarse y sin hacer reclamacion alguna? Esta incertidumbre era terrible y puesto que ya nada se esperaba, era preciso salir de ella sin perder tiempo.

Acabó la carta que su esposa y su hermana habian empezado á dictarle, y luego se dirigió á la cámara de Luisa para pedirle el recibo que la vispera habia devuelto Markett. Quería entregarlo de nuevo á su acreedor y ponerse enteramente á su merced.

Luisa no se hallaba en su habitacion. Creyó que estaria con Alicia y se dirigió á la de la jóven; pero esta tampoco habia visto á su hermana. Entonces Jorge preguntó á los criados: Mme. Leroy habia salido hacia una media hora sin decir á donde iba. Sin embargo, para enviar su carta, necesitaba inmediatamente el recibo de Markett; le buscó en el secreter de su esposa, en los cajones donde dejaba los papeles; pero el recibo no estaba allí. ¿Por qué le habia llevado? ¿A dónde habria ido?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

XXVII

14 de. 1625 MONTERREY, MEXICO

Markett habia pasado todo el dia del domingo en su habitacion del Gran-Hotel, sin dignarse dar un postrer adios á París, al cual se proponia sin embargo abandonar al siguiente dia. Pero no permaneció inactivo aun estando en su casa; y en recorrer el salon de un extremo á otro, y en pasar del salon al gabinete, se habia fatigado tanto, como si hubiera dado un largo paseo por los boulevares.

Hacia las dos de la tarde, se mostró más sereno; pareció tomar una decision importante, se sentó delante de su carpeta, y escribió cuatro grandes carillas sin detenerse, de tal modo parecia penetrado de su objeto. Despues llamó, y con apresuramiento, con el temor sin duda de verse tentado á releer la carta y romperla, la entregó á un criado del hotel para que la llevase inmediatamente.

Entonces empezó de nuevo su paseo; más precipitado, más agitado que por la mañana. Se detenia repentinamente, corría á la ventana, despues volvía

á la puerta de entrada que daba al pasillo, espía-
ba los menores ruidos que se producian en el hotel. Evi-
dentemente esperaba con impaciencia febril una res-
puesta á su carta.

Al fin la recibió al dar las cuatro, y aproximán-
dose á una ventana sin pensar esta vez en mirar há-
cia afuera, pálido, trémulo, leyó muchas páginas tan
llenas, tan cerradas como las que él habia escrito.

Esta carta debió impresionarle vivamente, porque
en dos ocasiones se le hubiera podido ver llevarse la
mano á los ojos para borrar las lágrimas que le os-
curecian la vista.

Sin embargo, sino podia impedirse de llorar por
un instante, tambien sonreia á través de sus lágri-
mas, y la palidez que habia cubierto su rostro en
las horas que habia estado esperando, acababa de
desaparecer. No era ya el mismo hombre; estaba
transfigurado. En el momento en que por tercera vez
se disponia á leer la carta que continuaba teniendo
en la mano, notó que llamaban en la puerta del sa-
lon, ó sea la que daba al pasillo.

—Adelante, dijo sin moverse, creyendo que seria
alguno de los mozos del hotel.

Una mujer abrió la puerta, la cerró luego, y per-
maneció de pié, inmóvil, no atreviéndose á avanzar.
Entonces Markett se volvió, miró y reconoció á la
persona que acababa de entrar, á pesar del tupido
velo que la cubria:

¡Mme. Leroy! exclamó admirado.

—Como no contestase, se dirigió vivamente hácia
ella, y le dijo de nuevo:

—¡Cómo! ¡señora, sois vos!

—Sí, yo soy... murmuró Luisa,

—Pero estais pálida, temblais... Hacedme el favor
de adelantaros y sentaros aquí... Mirad, aquí...

Luisa le siguió maquinalmente, tomó asiento en
el sillón que le designaba, guardó silencio un mo-
mento, y al fin haciendo un esfuerzo:

—Perdonadme caballero... Me creí fuerte, resuel-
ta... Salí bien decidida despues de un dia de angus-
tia, de duda, de desfallecimiento. Pero ahora, no me
atrevo ya... no se... ¡Oh! ¡caballero, caballero, tened
compasion de nosotros!

—¡Tened compasion de vos señora, de vos!...

—Vea nos, hablad, tened valor, estais con un
amigo.

—Un amigo, sí, un amigo... Voy á tratar, voy...
¡Ah! no sé como confesaros... como deciros... Sin
embargo, es preciso, es preciso... Ese dinero, esa
suma considerable que confiásteis á mi marido y que
él debia de entregaros esta mañana...

—¿Y bien, qué?

—No la tiene ya... No le acuseis. No es él quien
ha cometido esa accion odiosa... No es él, el que ha
disipado esa suma.

—¿Pues quién? preguntó Markett.

—Soy yo, respondió Luisa incorporándose.

—¡Vos!

—Sí... sí... yo sola.

—¿Vos habeis gastado, señora, cien mil francos en algunos dias, sin que vuestro marido tuviera conocimiento de ello.

—Tenia deudas, deudas enormes, ignoradas de Mr. Leroy.

—¡Vos teniais deudas!

—No soy lo que vos os habeis figurado, replicó Luisa vivamente, y esta vez hablaba sin detenerse, de un golpe, como si tuviera prisa de acusarse, de decirlo todo... Tengo aficion al lujo, gastos... costumbres desordenadas que yo ocultaba á mi marido... Me ama tanto, con tanta confianza y tanta credulidad... y los trajes cuestan tan caros... Compraba, gastaba á ojos cerrados... El nombre de Jorge, la posicion que ocupa en casa de Mr. X... inspiraban confianza á mis proveedores, y hacia que tuviesen paciencia... Pero la paciencia tiene un término... Aquellos á quienes debia más, me apuraban, me amenazaban... Tuve miedo... Vuestro dinero estaba allí, en la caja... Perdi la razon... y pagué á toda esa gente para evitar el ruido, el escándalo.

—Supongo que no deberias cien mil francos, replicó Markett.

—No, pero asustada con lo que acababa de hacer, de la posicion tan terrible en que colocaba á mi ma-

rido, cedí á una idea... loca, desesperada... Tomé el resto de la suma y partí...

—¿Y para dónde?

—Fuí á jugar á Monte-Carlo esperando ganar la suma entera y salvar á los míos del deshonor y de la desesperacion.

Markett guardaba silencio; Luisa creyó que no daba á sus palabras toda la fé que necesitaba y continuó:

—Esta es la verdad, no dudeis, la verdad, os lo juro. Muchas personas me vieron allí... han hablado de mí en los periódicos... si, en los periódicos... Os admirais porque no lo sabiais... pero yo tengo sangre de jugador en las venas... y esta sangre es la que se agitó en mí cuando llegó el peligro.

—Si, en efecto, dijo Markett con frialdad! he oido afirmar que M. de Servan estaba poseido de esa terrible pasion.

—¡Terrible!... ¡Oh! si, terrible... exclamó Luisa olvidándose de su papel, ella ha hecho morir á mi madre, y á nosotras, ella nos ha...

—Ella os ha...

—A mí, al ménos, me ha perdido, dijo Luisa volviendo de su distraccion. ¿Cómo quereis, caballero, que una hija educada por un padre jugador, compartiendo su vida tan pronto en una opulencia precaria como en la miseria más absoluta, no haya guardado en su carácter, en sus costumbres, rasgos de esta

existencia desordenada?... Bien veis que todo cuanto os he dicho es verdad...

—¿Y perdisteis el resto en Monte Carlo?

—Todo, todo... absolutamente... ¡Ay! el destino no perdona.

—Y bien, señora, dijo Markett siempre sereno: ¿qué es lo que os atormenta, qué os inquieta?... Vuestro marido me había dado un recibo, y os le he devuelto á vos misma, como si supiera lo que había sucedido... Romped ese recibo, y quedais en paz conmigo.

—No, caballero, no, nunca... Soy muy culpable, muy criminal; pero hasta ese punto, no; hasta ese punto, no... Aquí teneis el recibo, le traigo, os le entrego de nuevo.

Luisa continuó sin mirarle, suplicante, elocuente:

—Caballero, caballero, nuestra suerte está en vuestras manos... una palabra vuestra, y mi marido, que es el honor mismo, quedará deshonrado, perdido... y mis hijos con una mancha en su nombre, quedarán huérfanos... porque los dos moriremos, su padre y yo, si vos pronunciáis esa palabra... ¡Piedad! ¡Compasion! Consentid en no exigir en este momento la restitucion de esa suma... Aceptad á mi marido por deudor... Nosotros os devolveremos esos cien mil francos, caballero... Jorge redoblará su actividad y su enerjía... y yo ¡ah! yo, os lo prometo, ahorraré, me privaré... renunciaré á todo por secundarle.

Como Markett permanecía delante de ella inmóvil y silencioso, temió no haberle convencido, y añadió con voz quebrantada:

—No contestais, no consentis... no os habeis conmovido... ¿Qué quereis? ¿qué exijis?... Por qué esa mirada, esa mirada que fijais en mí?... ¡Ah! ¿con qué es cierto, es cierto lo que yo no queria... lo que no podia creer?... Entonces... continuó bajando la cabeza, y con voz apenas perceptible, mientras que su rostro se ponía de color de púrpura, entonces... me sacrificaré, como la otra: como la desgraciada, cuya historia me ha impresionado tanto y me ha decidido ha hacerme venir... Si es preciso, si lo exijis... si mi deshonra debe pagar ese crimen... ¡y bien! caballero...

Pero no pudo continuar; prorumpió en sollozos y se la oía murmurar.

—No, no, yo no puedo... no puedo... ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Perdonad... tened compasion de nosotros, tened compasion de mis hijos!